



**EL SERENO ARTE DE
LAS IMÁGENES DE ILLANES**

La imagen tallada por Illanes reproduce, más bien instauro, el momento en el que Jesús acepta la cruz para encaminarse al Calvario. El misterio simboliza la condena de los poderes terrenales, tanto políticos como religiosos, representado por un soldado romano —las fuerzas de ocupación en Judea— y un sanedrita de los hebreos. Mientras tanto, la Dolorosa ya estaba tallada, el mismo autor la exponía en la calle Sierpes. La que iba a tener un destino somnoliento en una comarca alejada, se convirtió, después de los ruegos y las súplicas de los fundadores de *La Paz*, en la gracia bajo palio del Porvenir.

El escultor casi con toda seguridad debió sentir en sus entrañas el deseo de eternidad. Había contribuido a enriquecer templos y altares devastados por la guerra, pero el hecho de saber que algo salido de sus manos iba a recorrer las calles de una ciudad abierta cada año a nuevas sensaciones, habría tenido que helarle el corazón.



Pero una noche remota parecía que alguien no estaba contento con la imagen titular de la hermandad. Esa noche de infastuoso recuerdo, el tul de la imagen, que se encontraba en solemne quinario, ardió en un abrir y cerrar de ojos. El fuego quería devorar lo que Antonio Illanes *fabricó* con sus propias manos.

Porque la inspiración, que muchos creen de origen divino, no es más que constatar a base de esfuerzos infructuosos que la realidad es inabarcable, por eso se hace necesario fijarse en modelos sobrenaturales, en comodines cotidianos, portadores de significados autónomos.

Antonio Illanes no podía concebir desde su inspiración más profunda el rostro de lo divino, de lo que está más allá del bien y del mal. Tuvo que arrodillarse ante la evidencia de que lo intramundano se encuentra delante de nosotros mismos. Por eso, el modelo de la Dolorosa no fue otro que su esposa.

En la época de la fundación, el barrio no tenía identidad propia, pertenecía, como una lejana provincia romana, a los designios de San Bernardo pero como casi siempre ocurre, cuando una población empieza a crecer, se insinúa una nueva forma de pensar que redundaba en un deseo de independencia. No es extraño que las

hermandades de penitencia, al menos en Sevilla, sean, por decirlo de algún modo, una forma de gobierno, de representación de una *cultura de barrio* distinta, pero sin oponerse a ningún otro colectivo humano.

La noche en la que el padre Antonio apagó el fuego con la poca agua bendita que encontró, estaba salvando la identidad, la nota característica de un barrio. Luego, en 1979, el profesor Francisco Arquillo Torres colocó una nueva encarnadura en la talla en su justa medida. Con anterioridad, en 1970, Sebastián Santos Rojas puso sus manos sobre la imagen de Illanes.

Francisco del Castillo autorizó a que se guareciese indefinidamente la hermandad de La Paz en la parroquia de San Sebastián. Fuera, las maquinaciones de su futuro podían tener tanto vaivenes como sinsabores.

No cabe duda de que la independencia se alcanza en muchas ocasiones utilizando el viejo argumento de la violencia, pero en estas tierras basta con una fila bien ordenada de nazarenos y una estructura tan misteriosa como sorprendente: un palio neogótico que reluce como la más depurada plata de ley.

No sólo se queda en la apariencia, se va más allá, donde no podía faltar el atributo real, la corona en

plata, también de estilo neogótico que creara el orfebre Juan Fernández en 1949. “Todo de blanco, de paz auténtica...”, así nos habla el hermano más veterano de la cofradía, Manuel Robles.

Desde el primer año Manuel Robles era la persona encargada de vestir a la virgen. Ahora surgen hermosas preguntas: ¿dónde se puede obtener ese título?, ¿dónde se estudia?, ¿cuántos años hacen falta para ser el que todos miran por la calle? Ahora Manuel no puede hacerlo, pero no se ha alejado mucho, su edad y el emocionado temblor de sus manos no le permiten realizar tan delicado trabajo. Pero, desde su balcón en el número uno de la calle Río de la Plata siente año tras año, como si estuviera al lado, la pasión que despierta el hecho de acercarse en pleno besamanos a la imagen de La Paz.



Antes de la virgen de La Paz vestía a la del Rocío de la hermandad del Beso de Judas y a Nuestra Señora del Mayor Dolor en su Soledad, advocación de la imagen titular de la Carretería. Desde 1940 unió todas sus energías en La Paz. Muchos le preguntan ahora, cuando ya no sale de casa, cuál es el misterio o qué se siente al hacer ese trabajo. Debe ser como el de un supremo creador enfrentándose cada primavera con un mundo a medio hacer. En cambio, él, con la sabiduría del tiempo, responde con las mismas palabras que hace décadas: “Es una cosa tan grande que no hay palabras para explicarlo”.

La tradición aún no se ha perdido, su hijo menor atendía con los ojos bien abiertos el momento en el que su padre colocaba cuidadosamente los numerosos alfileres que lleva una imagen de culto entre sus ropajes.

Vestir La Paz no es tarea fácil, es, en cambio, trabajo arduo y difícil. Otras hermandades llevan colores luminosos de los que se vanaglorian: verde esperanza, rojo carmesí, azul intenso o el negro más austero...pero ninguna de ellas lleva el blanco como único estandarte. Un solo color que cada año parece tener tonos nuevos.

El manto que porta la virgen es de seda blanco y liso, representación inconfundible de la Dolorosa que se hace cada año nuevo entre las luces tamizadas que se

escapan entre los árboles del parque de María Luisa o
atravesando el Postigo.

Manuel Robles que ahora piensa en su nieto para que
una mañana clara se esté dedicando a vestir una
imagen de culto, dice que la ilusión es tan grande que
en muchas ocasiones parece que le ha hablado al oído
con palabras que son como susurros.